

Juan 15:26-27; 16:1-4

Sermón Exaudi 2013 texto Evangelio de Pentecostés.

“»Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí. Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio. . . . »Esto no os lo dije al principio, porque yo estaba con vosotros. Pero ahora voy al que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta: “¿A dónde vas?”. Antes, porque os he dicho estas cosas, tristeza ha llenado vuestro corazón. Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado.” (Juan 15:26-27; 16.4–11)

Muchas veces se oye a personas exclamar: ¡Si pudiera haber estado con Jesús cuando estaba en la tierra! ¡Si pudiera haberlo visto y escuchado con su propia voz! Como si en la situación que vivimos ahora falta algo, como si Jesús sería más real para nosotros si lo viéramos con nuestros propios ojos y escucháramos su misma voz.

Jesús en el texto para hoy nos indica que lejos de ser mejor estar con Jesús durante su ministerio, nuestra situación ahora cuando él está en el cielo sentado a la diestra de Dios después de su ascensión es mucho mejor. Si no hubiera ascendido y sido oculto de nuestra vista, muchas grandes bendiciones que él tenía en mente para nosotros nunca nos habrían llegado. Así que, queremos meditar hoy en el tema: Nos conviene que Cristo se haya ido. I. Es la culminación del triunfo del Salvador sobre el pecado, la muerte y el poder del diablo. II. Es el requisito para la venida especial del Espíritu Santo. III. Es el requisito para que podamos ser los instrumentos del Espíritu en producir la convicción en el mundo respecto al pecado, la justicia y el juicio.

Jesús ha estado enseñando a sus discípulos que irá a Jerusalén, será muerto, y resucitará al tercer día. No sólo produjo esto en Pedro y los demás una fuerte resistencia a la misma idea, Jesús aquí nos habla de la tristeza que llenó el corazón de los discípulos porque él se iba. Esa tristeza seguramente la sentían

por lo que pensaban que sería una pérdida personal para ellos. Si hubieran entendido lo que significaba para Jesús su ida, deberían más bien haberse regocijado. Después de todo, el irse comprendería su muerte, resurrección y ascensión. Sería el cumplimiento de todo lo que había venido para hacer. Sería su victoria sobre todos sus enemigos. Sería la entrada a su gobierno universal en su reino de gracia, ejerciendo todo poder al lado derecho de su Padre celestial en beneficio de su iglesia.

Lo que esto significa es que esta ida de Jesús es volver a su Padre. Es volver a la gloria que fue suya desde antes de la fundación del mundo. Es sentarse a la derecha de Dios hasta que él ponga sus enemigos por estrado de sus pies. Es ser hecho Rey de reyes y Señor de señores.

Todo esto quiere decir que en lugar de entristecerse y sentir lástima porque ya no iban a ver a Jesús, deberían haber preguntado a Jesús lo que realmente significaría para ellos la ida de Jesús. Esta ida, su muerte, resurrección y ascensión, era el cumplimiento de todo su plan de salvación. Su deseo de retener a Jesús con ellos como en su ministerio terrenal habría significado que Jesús no cumpliría el propósito para el cual el Padre lo había enviado. Sin su muerte y resurrección, el pecado no sería vencido. Sin su ascensión, ¿qué pasaría con su propósito de que los apóstoles deberían salir, y la iglesia después que ellos, a todos los confines del mundo, para proclamar el evangelio y toda criatura?

Jesús declaró que su ida era necesaria porque sólo así vendría para testificar de Jesús el Espíritu Santo. “Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré”. La venida del Espíritu Santo será necesario para que la iglesia pueda cumplir su misión en la tierra en continuación de la misión de Jesús. Es el Espíritu Santo que recordará a los apóstoles todo lo que Jesús les ha enseñado. Es el Espíritu Santo que es el Espíritu de la verdad, el que mantiene la verdad de Jesús como la guía y el fundamento de la iglesia. Cuando venga el Consolador, el Espíritu Santo, “él dará testimonio acerca de mí”. “Os he dicho estas cosas estando con vosotros. Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Juan 14.25–26).

El Espíritu Santo no se especializa en llamar la atención sobre él mismo, como lo pretenden los pentecostales modernos. Más bien, como el título de un libro lo describe, es el miembro cohibido de la Trinidad. No da testimonio de sí mismo. “Daré testimonio de mí”. Y al hacer a Jesús el centro de los pensamientos y la predicación de los apóstoles, ellos también son testigos. “Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio”.

En ese sentido, sólo los apóstoles que estaban con Jesús desde el comienzo de su ministerio son testigos. Pero el testimonio que el Espíritu inspiró en ellos se escribió en los libros del Nuevo Testamento, de modo que siguen siendo testigos fieles de Cristo y así instrumentos del testimonio del Espíritu. Y en un sentido secundario, toda la iglesia de los creyentes en Jesucristo siguen siendo testigos de Cristo, proclamando lo que los apóstoles predicaron y escribieron en sus libros inspirados. Así que, esta venida del Espíritu Santo, y su testimonio a través de los apóstoles, se hace indispensable para que inclusive nosotros en nuestro tiempo podamos seguir dando testimonio de Cristo y llamando al mundo al arrepentimiento y la fe en Jesús.

Así que la ida de Jesús es también el requisito para que nosotros podamos ser los instrumentos del Espíritu en producir convicción en el mundo respecto al pecado, la justicia y el juicio. Jesús dijo en nuestro texto: “Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio”.

¿Pero cómo lo hará? Será por medio del testimonio de los apóstoles, y después, la proclamación del testimonio de los apóstoles de la iglesia en todo tiempo.

El Espíritu Santo convencerá al mundo del pecado. No es que el mundo no conoce nada del pecado. Tienen algo de la ley escrita en los corazones. También paganos e incrédulos denuncian muchos vicios y crímenes graves. Pero lo que no tienen es el conocimiento de la verdadera raíz del pecado y cómo el pecado puede ser vencido. El mundo insiste que con sus propias fuerzas puede superar el pecado. Necesita ser convencido de que por naturaleza todos están muertos en delitos y pecados. Y Jesús da la explicación: “por cuanto no creen in mí”. El centro del testimonio del Espíritu Santo es Cristo. Y cuando se trata del pecado, todo el que no cree en Cristo queda eternamente como un esclavo del pecado y no puede encontrar ninguna salvación del pecado fuera de él. El rechazar a Jesús, no creer en él, es la

verdadera esencia y raíz de todo pecado. Y la iglesia, usando lo que los apóstoles revelaron en la Escritura, sigue llamando a todos a arrepentirse de su pecado e incredulidad y a creer en Jesús, el único en quien pueden ser salvos de su pecado. Y resulta que todos los que rechazan ese testimonio se encuentran condenados a causa de su pecado.

También se condena la idea del mundo de la justicia. El mundo cree que el que hace justamente es justo, y por tanto, la justicia o la justificación es asunto de llevar una vida noble y justa. Pero Jesús dice que el Espíritu Santo convencerá al mundo de justicia “por cuanto voy al Padre y no me veréis más”. Es precisamente por la ida de Jesús que se revela la verdadera justicia. Cuando se trata de la justicia natural de los hombres, el veredicto de Dios es “no hay justo, ni aun uno”. La justicia más bien está en aquel que fue el justo que entregó su vida, el justo por los injustos, y así ganó el veredicto de la justificación para todos los que creyeran en él. La resurrección y ascensión de Jesús es el testimonio de Dios mismo de que la justicia para los hombres se encuentra no en ellos mismos, sino en aquel que vino del cielo y dio su vida para dar a los hombres injustos la verdadera justicia de Dios. Y todo aquel que rechaza esa justicia queda ante Dios eternamente como injusto.

Y el Espíritu Santo convencerá al mundo de juicio. Si las personas se arrepienten o no, cuando escuchan el testimonio del Espíritu Santo por medio de la Sagrada Escritura, tienen que saber que el pecado produce juicio. Pero lo crucial aquí es lo que Jesús dice acerca de este juicio. Los convencerá “porque el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado”. La muerte, resurrección y ascensión de Cristo declaran que Satanás ha sido derrotado. Ha hecho lo peor que pudo contra Cristo, y Cristo salió victorioso. De modo que, aunque pueda seguir molestando, en realidad queda ya juzgado, y esto será plenamente revelado en el día final.

¿Pero qué significa que el príncipe de este mundo ha sido juzgado? Es a Satanás que realmente sigue la gente de este mundo. Si aun frente al testimonio del Espíritu Santo llamándolos al arrepentimiento, ellos rechazan a Cristo y siguen en el reino de Satanás, ellos también serán condenados con su jefe. Porque sólo en Jesús hay la declaración de justificación y salvación. Sólo en Jesús encontramos liberación de los pecados, justicia o justificación delante de Dios, y liberación del juicio de la muerte eterna. Esto es lo que testifica el Espíritu Santo cada

vez que la ley y el evangelio se proclaman en la iglesia o en las conversaciones de un cristiano con otras personas. Que nosotros hagamos caso al testimonio del Espíritu Santo, y luego que seamos también los fieles testigos para que el Espíritu por medio de nosotros también siga cumpliendo estas funciones en el mundo de hoy. Amén.